

# VI Domingo Pascua – B

---

10/ V /2015  
Oratorio de san Felipe Neri  
Alcalá de Henares

Muy queridos hermanos,

El domingo es el día de la resurrección. Los cristianos vivimos de la certeza de la resurrección, de la resurrección de Aquel que nos amó hasta la muerte. Su resurrección es el principio de nuestra victoria. Si él, que se ha unido a nosotros tomando nuestra humanidad y llevando sobre sí nuestros pecados, si él ha resucitado, también nosotros, unidos a él por la fe y los sacramentos, resucitaremos.

No es sólo una esperanza para el futuro. Esta esperanza nos permiten vivir el presente, con sus alegrías y con sus miserias, con los sacrificios que nos demanda la vida. Ahora podemos vivir mejor cada circunstancia precisamente porque tenemos el cielo abierto.

En medio de los trabajos y de las preocupaciones cotidianas, el Domingo nos recuerda el amor que ha vencido la muerte y nos recuerda que nuestro destino es el cielo. Dios ha querido salvarnos en el tiempo porque nosotros somos hombres que vivimos en el tiempo, pero en este tiempo él ha abierto la eternidad. El domingo es una puerta abierta por Dios a la eternidad, donde toda la vida de Jesucristo es presente: su muerte por nosotros y su resurrección. Por eso el domingo no es un día más en medio de la semana. El Domingo es el día del Señor y el día de la Iglesia. El día en que la Iglesia se reúne en torno a su Señor resucitado. Y por eso es un día también para atender a la familia, para visitar a los enfermos o a los amigos, para llevar a todos la alegría de la resurrección.

El orden socio-económico tiende actualmente a hacer iguales todos los días y con eso se nos roba el sentido y el significado del tiempo. Se nos arranca del corazón la alegría del domingo, para que la resurrección acabe siendo sólo una idea y, al final, se convierta en algo abstracto, algo, en el fondo, irreal. Si todos los días son iguales, es como si en la historia también todos los días tuvieran el mismo valor, como si no hubiese habido un día distinto de todos en el que dio comienzo una nueva creación, el día dichoso en que Cristo resucitó. No es así: hubo un día, un momento concreto en el que nuestro Dios entró en el seno de María, un día en el que nació, un día en el que llevó su amor hasta el extremo y murió por nosotros y un día en que venció.

Debemos recuperar la vivencia del Domingo cristiano y su alegría. La alegría de la Resurrección del Señor, la alegría de nuestra esperanza, la alegría del amor que ha vencido y es presente entre nosotros, la alegría de compartir este amor con la familia, con los amigos, con los enfermos, con los que sufren.

El Señor dice a los apóstoles en el Evangelio: **«Vosotros sois mis amigos... Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo. A vosotros os llamo amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer».**

- ¿Qué es lo que nos ha dado a conocer? Nos ha dado a conocer el amor de Dios. La muerte de Cristo es el signo de que Dios nos ama. En esto conocemos que Dios nos ama: en que dio su vida por nosotros. La cruz es el signo del amor de Dios inquebrantable. Si alguien es tentado alguna vez sobre el amor de Dios, no tiene más que

mirar la cruz. Ella es el signo de que el amor de Dios no se echa atrás ante nada, ante ningún pecado.

- Pero hay algo más. La resurrección de Jesús nos ha mostrado que este amor de Dios por nosotros es más fuerte que la muerte. Y si es más fuerte es porque el amor pertenece a la esencia del ser, porque Dios, en sí mismo, es amor. La muerte no, la muerte no existe en Dios. Y en la creación ella es sólo una advenediza. El amor de Cristo ha vencido la muerte porque Dios mismo es amor.
- Debemos intentar entender esto porque es la cumbre de la revelación sobre Dios. Significa que Dios mismo en su perfección, en su eternidad, en su santidad, es amor, es comunión, es Trinidad.
- Esta es la intimidad de Dios, que el Hijo hecho hombre ha dado a conocer a sus amigos, a los que han permanecido con él, a los que permanecemos con él, a pesar de nuestros pecados. Él nos ha mostrado que Dios es Trinidad, amor, comunión.

Las primeras palabras del Evangelio de hoy eran estas: **«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo»**. Ahora podemos entenderlas mejor. Jesús nos ha comunicado en su cruz el amor con el que Dios Padre le ha engendrado como Hijo desde toda la Eternidad. El amor que el Hijo nos ofrece no es un amor de segunda, sino el amor perfecto que constituye el ser de Dios. **«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo»**.

Este don del amor de Dios, un amor más fuerte que la muerte, un amor que está lleno de vida y de belleza, el amor trinitario. Este es el amor más grande. Dice Jesús: **«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos»**. Cristo ha dado la vida por nosotros y nos ha dado del amor más grande. Dice también: **«Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud»**. Nuestra alegría consiste en disfrutar de este amor.

El don del amor de Dios está a nuestra disposición en los sacramentos, debemos tomarlo porque sin este amor, el nuestro decae y muere: decae el amor por el esposo, el amor por los amigos, el amor por los padres, el amor por los demás, por los más débiles, incluso por nosotros mismos. El decaer del amor es el anuncio, el heraldo, de la muerte que acaba con todo. Sólo el amor de Cristo la ha vencido. No lo merecemos, pero lo necesitamos; lo necesitamos y se nos ha regalado; debemos tomarlo; no podemos permitirnos el lujo de no tomar este regalo. Por eso dice Jesús: **«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo, permaneced en mi amor»**. Para tomar de este amor y permanecer en él sólo necesitamos de la fe y de los sacramentos.

Este amor es la herencia que nos deja Cristo. Es un don tan grande que viene acompañado por una obligación. Es como un testamento. Así suenan las palabras de hoy en el Evangelio. El próximo domingo celebramos la Ascensión del Señor. Antes de ascender al cielo, las palabras que hoy escuchamos son las de un testamento. Y como tal «Deben permanecer vivas en los corazones de los creyentes» (Balthasar).

Este testamento hace referencia también a la dinámica del amor que se nos entrega. El amor que Cristo nos da del Padre tiene su propia dinámica, ha de expandirse, ha de abrazar a todos, ha de generar más vida, ha de transformarlo todo, para que todo tome el sabor de la resurrección. En

conclusión: El amor que se nos entrega nos introduce en el diálogo del amor trinitario y nos obliga al amor. Quien se sale de la dinámica de este amor, renuncia a la amistad de Cristo.

Termino retomando algunas palabras del Evangelio. Guardadlas en el corazón como lo que son, como el testamento de quién nos ha amado hasta la muerte y vive:

**«Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado [...] Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando [...] Os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. [...] Esto os mando: que os améis unos a otros».**

Acojamos la victoria de Cristo sobre la muerte, acogamos su amor. Extendamos la victoria de Cristo: amemos a todos.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana C.O.